

SÁNCHEZ-MONTES GONZÁLEZ, Francisco, JIMÉNEZ ESTRELLA, Antonio y LOZANO NAVARRO, Julián J. (eds.), *El Reino de Granada y la Monarquía Hispánica en el siglo XVII*, Col. Comares Historia, Granada, Comares, 2020, 256 pp. ISBN: 978-84-9405-965-2.

El avance en el estudio del siglo XVII viene siendo fundamental en la historiografía modernista española de las últimas décadas y, desde luego, revelador en el intento de superar la mera etiqueta de “crisis” para subrayar realidades muy dispares en el conjunto español. El reino de Granada reclama estudios en este sentido para esa etapa plenomoderna, que superen el huero victimismo fraguado en torno al esplendor perdido o la simple exaltación de la producción artística o literaria de aquella centuria.

Evidentemente no fue para el reino de Granada un periodo tan negativo y en la variedad de campos abordados, muy significativos, aflora en esta obra colectiva, que surge en el marco de proyectos de investigación mediante los cuales los editores vienen renovando en los últimos años la visión del reino de Granada, no desde una óptica aislada o localista, sino, todo lo contrario, desde su vinculación a un ámbito más amplio como es la Monarquía Hispánica.

De este modo, un total de once trabajos se distribuyen en secciones que abordan sucesivamente la Iglesia, la sociedad, la administración y la proyección en América. Y las abre la introducción de Bernard Vincent, quien, tras señalar los principales hitos de la historiografía sobre el siglo XVII en Granada (siglo que en realidad comienza en la última década del quinientos), acusa una actitud prolongada de desinterés que urge desterrar, como pretende hacer el presente libro, cuyo contenido glosa, aportando reflexiones muy útiles en campos como la religiosidad (ámbito para el que invita a una mayor profundización, como también la necesaria microhistoria sociopolítica y la realidad comercial, en particular la malagueña) y apelando al necesario “diálogo entre fuentes” para hacer más fructífera la investigación.

Andrea Arcuri abunda en el concepto de “disciplinamiento social” que suele alumbrar sus investigaciones, en este caso aplicado a las visitas pastorales. Sin desdeñar su carácter corrector (no sólo de los pecados públicos de los feligreses sino también de otras materias, incluida la conducta del clero local), de intervención “desde arriba”, debe valorarse en estas fuentes el caudal de información que ofrecen para la vida cotidiana y las mentalidades. Todo ello sazonado con curiosos y relevantes testimonios llenos de frescura, junto a posturas de resistencia e incluso connivencia.

A la situación económica del colegio de los jesuitas de Granada dedica su trabajo Julián Lozano Navarro. Ya plenamente asentados en la sociedad granadina, presenta para el siglo XVII un colegio suficientemente dotado, en el que destacaba a su vez la labor benéfica de las congregaciones de seglares que amparaban y alentaban los hijos de San Ignacio. Desde luego el repaso de las

propiedades rústicas y urbanas, juros e incluso una tienda, apreciables en útiles tablas, muestran esa suficiencia que ellos trataron de ampliar y racionalizar, gestionándola directamente, por lo general sin intermediarios.

En el campo social, la movilidad ascensional se encarna en los Santa Cruz Bocanegra, analizados por Javier García Benítez. Sus raíces judaizantes no impidieron una progresión muy llamativa que pasaba por las abundantes instituciones granadinas (Chancillería, Ayuntamiento) y las consabidas estrategias matrimoniales, entroncando con linajes como los Paz o los Veneroso. Las mujeres jugaron aquí un papel esencial, que el autor acierta a resaltar, como también el de instituciones benéficas como el Hospital de la Caridad y Refugio; de modo que al final acabaron diluyéndose, al menos eso parece, los sospechosos orígenes de linajes como éste.

El ascenso se aprecia también a escala colectiva, como la que plantea Jesús Rodríguez Gálvez con la conquista por Motril del título de ciudad. En realidad latía en este caso una secular rivalidad con Granada, tanto más evidente conforme creció la localidad costera sobre todo en los años treinta y cuarenta del seiscientos, derivado del progreso económico, con el azúcar como base sin desdeñar el vino o la pesca, la forja de una elite local y el firme proceso urbanizador. No olvida el autor subrayar esa remodelación urbanística donde los edificios religiosos jugaron un papel destacado. Todo ello se materializó en la obtención de corregimiento propio en 1657, que aglutinaba también las poblaciones de Pataura, Gualchos, Jolúcar y Vélez de Benaudalla.

Francisco Sánchez-Montes logra abordar, por su parte, una muy extensa y documentada visión no convencional de los viajeros extranjeros que recorrieron el reino de Granada. Presenta las colonias de foráneos establecidas en los barrios de nueva creación o expansión (La Magdalena, Las Angustias), pero subraya ante todo la identidad propia de casi una veintena de visitantes, por lo general movidos por los tópicos y apriorismos, con su lógica distorsión, pues algunos incluso escribieron sobre Granada si haberse detenido en ella; otros en cambios se perfilan como buenos conocedores de la realidad granadina. A la vez que observadores, unos más sagaces que otros, el hecho de viajar reforzaba su estatus social, por no mencionar el carácter aventurero que se granjeaban por sus andanzas en el sur de Europa. Sus propios escritos venían a acentuar su prestigio intelectual. Diplomáticos, aventureros, eruditos, sorteando toda serie de dificultades (camino, ventas, inseguridad), no desecharon el conocimiento del pasado de Granada ni el “carácter” de los naturales. No faltan tampoco veladas críticas al describir el modo de vida, pero a la vez una generalizada fascinación, no exenta de prodigios y leyendas.

La sección sobre la administración se abre con un estudio instrumental a cargo de Francisco J. Crespo Muñoz. Se trata de una guía muy útil para manejarse en el Archivo General de Simancas a la hora de buscar fondos relativos al reino de Granada en el siglo XVII. Informa con precisión sobre secciones, legajos o

libros, firmas, inventarios disponibles..., en concreto del extensísimo fondo de Hacienda, con sus diversas secciones, los fondos relativos a la administración de la Corona de Castilla y otros, como son los de Estado, Casa Real-Obras y Bosques, Guerra y Marina o Mapas. Se acompaña todo con descripciones y orientaciones sobre la utilidad de cada fondo, que luego se enumeran en las conclusiones por campos diversos como la historia económica y fiscal, institucional, social, militar..., y con consejos prácticos a la hora de visitar el archivo.

No podía faltar una perspectiva comparativa entre reinos periféricos y en este sentido Valentina Favaro aborda genéricamente la situación de los reinos mediterráneos de la Monarquía hispánica y su implicación en la defensa en la época de Felipe III. El príncipe cristiano desplegó una política reputacionista que tenía a los infieles como diana, máxime tras la expulsión de los moriscos de España, lo que exigía la defensa de las costas meridionales de Italia. Nápoles o Sicilia se veían especialmente amenazadas, pero también desciende a campañas como la de Argel e incluso la conjuración de Venecia, valorada en su justo sentido de resistencia a la presión hispánica que consideraba opresiva. Y como trasfondo de todo ello la permanente insuficiencia financiera para la defensa, lo que implicaba continuas readaptaciones en la praxis y objetivos de los poderes locales que jalonaban el amplio imperio español.

Continuando el mosaico de análisis con el que viene desentrañando Antonio Jiménez Estrella la realidad militar del reino de Granada, acomete en este caso la crisis del modelo en el seiscientos. Desde luego de la dotación militar teórica a la real había un buen trecho, de nuevo esa insuficiencia en recursos humanos (un tercio de plazas sin cubrir), que lo es también de los económicos (atrasos en algunos sueldos que llegaron a acumular tres décadas, a la vez que se dejó sentir en la recaudación la ausencia de los moriscos). Así lo observa en las guardas de la costa, red de fortalezas o compañías de infantería, aunque en menor intensidad en Málaga, que había salido mejor parada. Ya por entonces la cabeza de la capitania general se ubicaba en Vélez Málaga, pero incluso en este caso tenientes y gobernadores militares adquirieron más relevancia que el propio capitán general, que solía ser absentista e interino. La profusión de tablas enriquece el aporte de datos económicos y prosopográficos de militares con destacadas responsabilidades. En todo caso, subraya la crisis de un modelo defensivo entonces ya desfasado.

En cuanto a la relación con América, la correspondencia nobiliaria entre Granada y Nueva España es el tema escogido por Miguel F. Gómez Vozmediano, reivindicando como punto de partida la importancia de este tipo de fuente para el historiador. Se trata en concreto de la correspondencia mantenida por el señor de Algarinejo y un cuñado suyo, alcalde mayor en una localidad mexicana, y también la de la siguiente generación. Diversidad de temas saltan a la palestra en este tipo de correspondencia, pero sin duda los temas familiares, de destino de hijos e hijas, herencias y administración de patrimonios,

ajuares, etc., resultan fundamentales. En todo caso, los lazos de sangre traspasaban reinos y océanos.

Con la solvencia que le caracteriza en esta materia, Juan José Iglesias analiza la presencia en Cádiz de personas procedentes del reino de Granada, que no deja de ser una aportación modesta, incluso un espejismo, de sueños y aspiraciones. Las muestras tomadas para el periodo 1600-1730, como cabía esperar, dan un protagonismo mayor (casi dos tercios) a los provenientes de la actual provincia de Málaga, seguidos de los de Granada y, en ínfima proporción, los de Almería. Cronológicamente esta emigración fue mucho mayor a partir de 1679 y su destino preferente era el conjunto de la bahía gaditana. Pero interesan más los datos cualitativos en torno a un colectivo que adolecía de vitalidad económica y comercial: el estudio de casos singulares muestra, en general, esa precariedad y modestia, evidente en los fracasos personales, pero también en la limitación de sus éxitos.

En un terreno, por último, cultural Miguel Molina aborda la presencia de temáticas americana y del extremo oriente en los libros de la biblioteca de los jesuitas de Granada. Como es lógico, la realidad misionera de la orden es dominante entre las obras del siglo XVII, con autores preferentemente jesuitas y con una preocupación por el saber en historia (campo en el que dominan las primeras ediciones de la mayoría de las obras), geografía y cosmografía, pero también en derecho, teología y escolástica, o en menor medida medicina. Los títulos y autores desgranados traslucen el interés científico de los ignacianos y desde luego su afán por estar al día, con una biblioteca claramente práctica y funcional. Aunque reducido en número, este fondo bibliográfico, con dominio del castellano y del latín, resulta altamente significativo.

Desde luego las piezas de este mosaico abarcan una variedad de temas que dota de un colorido especial al panorama granadino del siglo XVII, pero sobre todo desvela unas conexiones de diverso tipo que permite contemplar la realidad hispánica con mayor riqueza de matices que la simple existencia de compartimentos estancos en su propia configuración, lo que B. Vincent denomina mundialización, proceso en el que reconoce el estímulo que aporta este libro. Sin duda un avance significativo en el conocimiento de esa singular centuria y un acierto editorial del sello Comares, tan sensible siempre a los temas de nuestra Historia.

*Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz*